

LITERATURA Y PSICOANÁLISIS: HACIA UNA TEORÍA DE LA LECTURA

Nicolás Garayalde

Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba

CONICET

negarayalde@gmail.com

RECIBIDO: 11 DE DICIEMBRE DE 2017 | ACEPTADO: 5 DE MARZO DE 2018.

Resumen: El siguiente artículo se propone interrogar la relación entre el psicoanálisis, la literatura, la crítica y la teoría literaria. Para ello, nos concentraremos primeramente en lo que podemos llamar psicoanálisis aplicado, recuperando el cuestionamiento según el cual el psicoanálisis utiliza la literatura para reproducir su propio saber. En un segundo momento, analizaremos la “literatura aplicada” del crítico francés Pierre Bayard, a partir de la cual buscó invertir la jerarquía y llevar el saber desde la literatura al psicoanálisis. Finalmente, propondremos que el aporte que el psicoanálisis puede hacer al campo de los estudios literarios no ocurre ni en la crítica ni en la literatura sino en la teoría y epistemología de la lectura.

Palabras clave: Psicoanálisis aplicado; literatura aplicada; teoría de la lectura; Pierre Bayard

Abstract: The following paper aims to look into the relationship between psychoanalysis, literature, literary criticism and literary theory. Therefore, in the first place we will focus on what we could call applied psychoanalysis, taking into account the questioning according to which psychoanalysis takes advantage of literature in order to reproduce its own knowledge. In the second place, we will analyze the applied literature proposed by the French critic Pierre Bayard, which he took as a starting point for reversing the hierarchy and transferring knowledge from literature to psychoanalysis. Finally, we will argue that the contribution which psychoanalysis can make to the field of literary studies does not apply for literary criticism nor literature but for the epistemology and theory of reading.

Key words: Applied Psychoanalysis; Applied Literature; Reading Theory; Pierre Bayard.

INTRODUCCIÓN:

Es notable que el psicoanálisis, al entrar en el terreno de la crítica literaria, parece haberse acoplado a la deriva histórica de esta última, quizás como un movimiento estratégico de colonización del objeto literario.

Cuando Freud escribe sus primeros textos sobre obras artísticas y literarias, su tendencia es la psicobiografía, coherente con el pensamiento de un Sainte-Beuve o de un Gustave Lanson, quienes buscaban en la vida y la intención del escritor el sentido del texto. En todo caso, la batalla de Freud se libra en el intento de corroborar la hipótesis según la cual es el inconsciente la clave de acceso a la obra y no la intención consciente. La mona lisa y La virgen con el niño Jesús y Santa Ana se explican a través de un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci (Freud, 1910); Los hermanos Karamazov se comprenden a partir de la personalidad de Dostoievski (Freud, 1928). Esta tendencia psicobiográfica determina toda una primera etapa histórica de la crítica literaria psicoanalítica, que produce obras de importancia como *L'échec de Baudelaire*, de René Laforgue (1931) o *Edgar Poe, étude psychanalytique*, de Marie Bonaparte (1933).

Cuando los vientos formalistas llegan a Europa occidental y a los Estados Unidos –y en uno y otro lado se desarrolla un espíritu crítico que rechaza todo recurso al autor, incluyendo incluso un desprecio por el psicologismo– la crítica literaria psicoanalítica muta de igual manera y comienza a buscar el lenguaje del inconsciente en el inmanentismo de la obra. Inicialmente, el desprendimiento del autor-creador es tímido y no se produce de un modo cabal. En la crítica temática, dentro de la que pueden incluirse autores diversos como Gaston Bachelard, Jean Starobinski, Jean-Pierre Richard, Jean-Paul Weber o Georges Poulet, la atención se centra en la obra, aunque el

análisis supone que todo el acto creativo puede entenderse como una infinita modulación de un único tema en el que el autor juega un rol de importancia (Weber, 1960). En el caso de la psicocrítica de Charles Mauron, el autor deja de ser el centro de atención en cuanto la obra es explicada también a partir de otras variables, entre las que se incluye notablemente el lenguaje. Esta transición paulatina –acompañada del desarrollo del New Criticism y el estructuralismo a un lado y otro del océano– toma un carácter aún más radical a partir de los años setenta, como efecto de un modo de ser de la crítica literaria frente al autor cuyo síntoma más expresivo es “*La mort de l’auteur*” de Roland Barthes (1968)¹. Surge entonces una perspectiva textoanalítica que involucra nociones como la de inconsciente del texto, en una línea que va de André Green (1973) y pasa por Bernard Pignaud (1976) para ser formalizada por Jean Bellemin-Noël en un libro de 1979 titulado “*Vers l’inconscient du texte*”:

Todo texto está trabajado por un discurso inconsciente; es posible hacer visible, o audible, este trabajo que se efectúa en el texto. Esta actualización no tiene por objeto una traducción ni la reducción a una fórmula: apunta a reconocer el funcionamiento oblicuo del texto, la descripción de

¹ En Francia, el ensayo de Barthes “*La mort de l’auteur*” publicado en 1968 (aunque había aparecido antes en inglés en 1967 en la revista norteamericana *Aspen Magazine*) representa un movimiento que abandona la preocupación sobre el autor y se inclina hacia el lenguaje y la escritura, por la razón de que “la escritura es destrucción de toda voz, de todo origen” (Barthes, 1968: 40). Se trata, a su vez, del abandono del autor como estabilización del sentido y de cierta apertura de la obra, en tanto la función misma del autor centraliza el sentido: un traslado que va del descifrar (“*déchiffrer*”) al desenredar (“*démêler*”), un abandono del mensaje de un “Autor-Dios” (1968: 43). La crítica de Barthes en este artículo llega incluso al psicoanálisis, allí donde en una alusión, según nos parece, al estudio de René Laforgue *L'échec de Baudelaire* (1931), afirma: “la crítica consiste aún, la mayoría de las veces, en decir que la obra de Baudelaire es el fracaso del hombre Baudelaire” (1968: 41).

una fuerza que “fomenta” la obra de escritura y que “fermenta” en ella (Bellemin-Noël, 1996², p. 237).

Para entonces, de la mano de teóricos como Wayne Booth, Wolfgang Iser, Umberto Eco y el propio Barthes –por evocar sólo algunos nombres–, las teorías de la recepción han comenzado a ganar protagonismo en el campo de los estudios literarios y el psicoanálisis no queda indiferente. Hacia 1975, el crítico norteamericano Norman Holland publica un libro titulado *5 Readers Reading*, donde propone una teoría de la lectura asentada sobre una base psicoanalítica que pregona que toda lectura es una reescritura de la propia identidad. Poco después, Michel Picard publica un trabajo que piensa la lectura como un espacio transicional que se experimenta a la manera del juego y en el que el rol del fantasma es inobjetable: *La lecture comme jeu* (1986).

Apenas unos años después, el crítico francés Pierre Bayard ponderaba de la siguiente manera la situación de la crítica literaria en Francia: “Aquello que se ha perdido con el autor se ha recuperado con el lector, en tanto que coorganizador, o al menos partícipe, de las fuerzas que actúan en el texto, y por las cuales asegura en cierto modo un relevo de enunciación” (Bayard, citado en Bellemin-Noël, 1996, p.268).

Este brevísimo recuento de la extensa y heterogénea historia de la relación literatura/psicoanálisis nos permite advertir cómo el psicoanálisis se ha adaptado a las transformaciones de la crítica, fundamentalmente en cuanto al elemento sobre el cual se ponía el foco de atención: el autor, el texto o el lector. Pero nos permite advertir algo más: la crítica psicoanalítica orientada a la lectura tiene la particularidad de funcionar como un

bucle extraño y el privilegio consecuente de pensarse a sí misma. Desde sus inicios, el psicoanálisis ha servido a los estudios literarios como un saber para producir teoría del arte y de la literatura. Desde trabajos de Freud como *El creador literario y el fantaseo* (1908), el psicoanálisis no sólo ha funcionado como una perspectiva de análisis de obras sino también como una posición teórica acerca de problemas de la teoría del arte y la literatura. Así, ha ofrecido hipótesis concernientes a problemas específicos como la creación, el valor o la forma. Sin embargo, cuando se perfila hacia la recepción, se produce un plus en cuanto el hacer mismo de la teoría y la crítica psicoanalítica es puesto en la mira de reflexión. Por primera vez en la historia de la relación literatura/psicoanálisis cobra relevancia una teoría y una epistemología de la lectura.

La consecuencia más importante de este pensar la propia lectura de la literatura a partir del psicoanálisis –y, por generalización, a partir de cualquier disciplina– consiste en cuestionar lo que podemos llamar el psicoanálisis aplicado. Por ello, no es casual que Pierre Bayard –crítico de orientación psicoanalítica interesado en la problemática de la lectura– haya desplegado una crítica al psicoanálisis aplicado y un intento de deconstrucción de la relación interdisciplinar.

En este artículo nos proponemos volver a pensar la relación entre la crítica, la teoría, la literatura y el psicoanálisis a partir de autores como Pierre Bayard. La hipótesis fundamental que atravesará este ensayo consiste en considerar que si el psicoanálisis tiene algo para aportar a la literatura ese algo ocurre en un más acá de la crítica, es decir en el campo de problematización de la teoría de la lectura. Sostendremos que un cuestionamiento de la articulación literatura/psicoanálisis debería llevarnos desde el sintagma “en el principio era el psicoanálisis” al sintagma “en el

² Trabajamos con la edición de 1996 por tratarse de una reedición modificada y revisada por el autor. En esta edición, el autor incluso recupera y responde a las críticas que se le hicieron al libro luego de la publicación de la primera.

principio era la lectura”. En otras palabras, del psicoanálisis aplicado a una teoría de la lectura.

EN EL PRINCIPIO ERA EL PSICOANÁLISIS:

Bayard no es el primero en elaborar una crítica al psicoanálisis aplicado. Podemos encontrar en Shoshana Felman un trabajo precursor en el que aquél habría de inscribirse. Se trata del artículo “To Open a Question” (1977), donde Felman plantea que la relación entre la literatura y el psicoanálisis no ha sido de coordinación sino de subordinación bajo el esquema de amo y esclavo: “mientras que la literatura es considerada como un cuerpo de lenguaje a ser interpretado –dice Felman– el psicoanálisis es considerado como un cuerpo de conocimiento, cuyas competencias son llamadas a interpretar” (p. 5). El psicoanálisis ocupa el lugar de un sujeto y la literatura el de un objeto.

Lo que podríamos llamar entonces la historia de la crítica literaria psicoanalítica parece avanzar en una sola dirección y hace del psicoanálisis –contra lo que precisamente él nos ha enseñado– un metalenguaje que se yergue como llave hermenéutica para el acceso al sentido del texto. Esta dirección es además tautológica: hace decir a la literatura lo que el psicoanálisis ya trae entre manos. Se presenta como un metadiscurso cuya revelación no es otra cosa que un parafraseo del discurso psicoanalítico en lenguaje literario (amén de las dificultades que este sintagma pueda tener cuando el objeto de la literatura ha estallado)³.

³ Tal es la conclusión a la que nos conduce Régine Robin en su artículo “Extension et incertitude de la notion de littérature” (1989). Robin señala que a partir del siglo XX una serie de hechos –entre los que enumera la intrusión de lo “popular” o de lo “común” en la literatura canónica, el desarrollo de la “paraliteratura”, la contaminación de lo novelesco por otros discursos como el filosófico o el político, el desarrollo de la “cultura de masas”, el impacto de las nuevas tecnologías y la intervención del lector y de la lectura en el análisis del fenómeno literario– pusieron bajo sospecha el concepto de literatura tal

Es lo que podemos ver desde el propio Freud cuando, a propósito de la *Gradiva*, se propone –son sus palabras– “buscar en los poetas corroboración [Bekräftigung] de sus conclusiones” (Freud, 1907, p. 46). La estrategia de Freud radica en situar el saber del lado de la literatura y en presentar el psicoanálisis como una herramienta para develar ese saber oculto que ya reside en la obra. El psicoanálisis aplicado consistiría entonces en asumir que existen dos niveles textuales, de acuerdo al modelo del sueño: el contenido latente y el manifiesto. La tarea del crítico consiste precisamente en develar el primero a partir de un desentrañamiento del segundo, en traducir un sentido por otro.

A partir de Freud podemos nombrar una interminable lista que pasa por una crítica heterogénea, desde la psicobiografía al textoanálisis, desde Marie Bonaparte a Serge Doubrovsky, donde la operación analítica consiste en una traducción de lenguas, en un desciframiento del símbolo, en una sustitución que pretende resolver por la vía de la hermenéutica la tensión entre la retórica (el sentido figurado elaborado secundariamente) y la gramática (el sentido literal): las mujeres pálidas de los relatos de Poe están en lugar de la madre; la magdalena proustiana está en lugar de la masturbación. La estrategia del psicoanálisis consiste en presentar su movimiento de lectura como una traducción. Supuesto don que ofrecería a la crítica, el psicoanálisis traduce, en realidad, su propia lengua.

Así, lo que caracteriza a lo que puede llamarse psicoanálisis aplicado a la literatura es el traslado de conocimiento de la teoría hacia la obra, en un pasaje que

y como era concebido hasta entonces. Esto lleva a afirmar a Robin: “Actualmente, el estallido del objeto literario es tal que su sectorización ha pulverizado todos los etnocentrismos de la legitimidad. Ya no hay una literatura, provenga del círculo amplio o del círculo restringido. A partir de ahora hay objetos particulares con maneras singulares de inscribirse en lo literario, de producir lo literario o de pensar lo literario” (Robin, 1989, p. 47).

sigue una sola dirección y pretende presentarse como una traducción que proviene de la dirección inversa. Aplicar, ad plicare, plegar hacia: “poner una cosa sobre otra” –como dice el diccionario de la RAE–; “poner una cosa sobre otra de manera que la recubra” –como insiste por su parte y de una manera más expresiva el Petit Larousse en su acepción francesa. “La experiencia de la magdalena –dice Doubrovsky en *La place de la madelaine*– exige entonces el tipo de abordaje que precisamente nunca se le aplicó: una investigación psicoanalítica” (Doubrovsky, 1974, p. 21). Lo que significa: plegar el texto hacia otra lengua, descifrar el símbolo poniendo una cosa sobre otra y recubriéndola.

Los resultados de esta operación son conocidos y los cuestionamientos a las lecturas psicoanalíticas lo dejan en claro: 1) carácter repetitivo de la lectura (el analista ve lo mismo en todas partes); 2) carácter reduccionista (el analista reduce la obra a esquemas y conceptos preexistentes). “¿Qué?! –exclama Yvone Belaval– ¿Se ha seguido una estrecha investigación, complicada, minuciosa, donde se seguía la menor pista, donde se registraban las convergencias más sutiles, y todo esto para volver a caer una vez más en Edipo?” (Belaval en Clancier, 1976, p. 23). Ciertamente, los críticos psicoanalistas son conscientes de estas objeciones. Charles Mauron parecía adjudicar esta repetición a la naturaleza del objeto: “nosotros tenemos más o menos los mismos complejos básicos igual que tenemos un hígado o un bazo” (Mauron, 1968, p. 25-26). En un sentido equivalente, el propio Freud tomaba el camino de esta argumentación cuando afirmaba en su trabajo sobre el caso Schreber: “No soy yo responsable por la monotonía de las soluciones psicoanalíticas” (Freud, 1911, p. 51). Norman Holland llegó incluso a proponerse escribir un trabajo donde el complejo de Edipo esté ausente. El resultado, *Poems in Persons*, es un libro hasta tal

punto repetitivo y reduccionista a las fantasías orales que obligó al autor a escribir una larga nota explicativa:

Hace un tiempo, me llamó la atención un comentario que hizo un hombre inteligente cercano al psicoanálisis: la limitación obvia del análisis literario freudiano es que sólo un tipo de estudio puede ser escrito, dado que todo lo que uno quiera agregar vuelve a lo mismo. Ernst Jones ha hecho un hermoso trabajo encontrando el complejo de Edipo escondido en el Hamlet, pero si hubiese analizado *El Rey Lear* o *Sueño de una noche de verano* o los *Sonetos* hubiese encontrado para su sorpresa que reflejan el complejo de Edipo de Shakespeare también; y, en efecto, consintiendo sus teorías, hubiese hecho el mismo descubrimiento analizando cualquier obra de arte. Preocupado por el malentendido que esta afirmación revelaba, resolví que algún día escribiría un libro de crítica psicoanalítica en el cual el complejo de Edipo no aparezca para nada. Este es el libro, y creo estar a punto de lograrlo (Holland, 1973, p. 139-140).

Lo sorprendente en el psicoanálisis aplicado es que contradice los propios principios del psicoanálisis: en primer lugar, disfrazado de traductor, el analista yergue su disciplina como una llave metalingüística de acceso al contenido latente del texto; en segundo lugar, adjudicando la monotonía a su objeto, contradice el principio que Freud erige en *Consejos al médico* sobre el tratamiento psicoanalítico según el cual se debe tratar cada caso como si fuese el primero. En este breve ensayo, Freud recomienda al médico mantener una atención parejamente flotante que vaya contra una selección que “obedece a sus propias expectativas o inclinaciones”. A continuación, Freud escribe: “si en la selección uno sigue sus expectativas, corre el riesgo de



no hallar nunca más de lo que ya sabe; y si se entrega a sus inclinaciones, con toda seguridad falseará la percepción posible⁴” (Freud, 1912, p. 112).

El peso de las expectativas en las interpretaciones literarias de Freud es particularmente notable en el caso de Hamlet, punto de partida de la crítica literaria psicoanalítica junto al Edipo Rey. En efecto, para leer en la tragedia de Shakespeare el modelo del complejo edípico, Freud se ve conducido a adherir a una teoría marginal y controvertida acerca de la identidad del autor de la obra. En 1920, Thomas Looney publicó un libro titulado *Shakespeare Identified in Edward de Vere, the Seventeenth Earl of Oxford*, con la polémica hipótesis de señalar al decimoséptimo conde de Oxford, Edward de Vere, detrás del nombre de Shakespeare. Si nos detenemos en su correspondencia, Freud tomó contacto con este libro en 1922 y llegó a estar completamente convencido de la tesis de Looney, a la que defendió vehementemente, molestándose incluso con Ernest Jones cuando éste último –el shakesperiano entre los psicoanalistas– se mostró resistente a considerarla veraz (Jones, 1957, p. 429). Tiempo después, afirmó que “los sonetos se vuelven mucho más entendibles” a la luz de esta hipótesis (Jones, 1957, p. 455). La razón de la posición de Freud frente al problema de la identidad de Shakespeare se vincula directamente con sus expectativas de lectura, corriendo “el riesgo de no hallar nunca más de lo que ya sabe”. La vida de Edward de Vere, decimoséptimo conde de Oxford, contiene elementos que compatibilizan con la lectura edípica que Freud hace de Hamlet: perdió a su padre de niño y su madre se casó apenas poco tiempo des-

pués de enviudar. Este autor se adecua mucho mejor a la teoría de Freud que el desconocido Shakespeare de Stratford. A Freud le interesa Edward de Vere porque su figura de autor fortalece su interpretación edípica de la tragedia. El psicoanálisis, primero.

Esta situación interdisciplinaria podría conducirnos a interrogar el interés, para la literatura, de vincularse con el psicoanálisis. En esta senda, Jacques Lacan negaba incluso la existencia de algo llamado psicoanálisis aplicado, en cuanto “el psicoanálisis no se aplica, en sentido propio, más que como tratamiento, y por lo tanto a un sujeto que habla y que escucha” (Lacan, 1958, p. 747). Años más adelante, en un homenaje a Marguerite Duras, afirmará, en una frase largamente citada, que es necesario “recordar con Freud que, en su materia, el artista siempre le lleva la delantera, y que no tiene por qué hacer de psicólogo donde el artista le desbroza el camino” (Lacan, 1965, p. 65). Lacan, al menos en sus dichos teóricos –como ya lo hacía Freud–, sitúa el saber del lado de la literatura; el trabajo del psicoanalista radica en prestar atención a ese camino ya desbrozado que puede aclarar el panorama del campo psicoanalítico. Lo interesante en Lacan, por decirlo de algún modo, reside en admitir que para la literatura ese vínculo no tiene mucho para aportarle. En esto será aún más categórico en un artículo de 1971 titulado “Lituraterre”, donde explicitará sin matices que, más allá de que Freud haya dedicado ensayos a Dostoievski, a Jensen o a Shakespeare, no parece que la crítica “haya recibido más aire del psicoanálisis” (Lacan, 1971, p. 4). Más allá, incluso, de que el psicoanálisis esté, como dice, colgado del Edipo.

La posición de Lacan remite nuevamente a la primacía de la literatura sobre el psicoanálisis respecto a la dirección del saber (como en Freud, la

⁴ El afán de verificación de sus propias expectativas ha llevado por momentos a Freud a errores sorprendentes. Uno notable entre ellos, es el error de traducción en el estudio sobre el recuerdo infantil de Leonardo da Vinci (1910), donde el fundador del psicoanálisis no sigue su propio consejo. Cf. Shapiro (1956).



literatura enseña al psicoanálisis). Pero también bajo esta estrategia se oculta la reproducción del saber psicoanalítico que ve en la literatura lo que ya trae entre manos. Así, “La carta robada” de E.A. Poe narra “la verdad que se desprende del momento del pensamiento freudiano que estudiamos, a saber, que es el orden simbólico el que es, para el sujeto, constituyente” (Lacan, 1956, p. 12)⁵.

Es curioso que muchos psicoanalistas lacanianos, cuando se les señala en el propio Lacan la reproducción del psicoanálisis en la literatura (es decir el pliegue, la aplicación), respondan con la frase de su maestro acerca de la inexistencia del psicoanálisis aplicado: Lacan no hace psicoanálisis aplicado porque para él eso ni siquiera existe. Me pregunto si, al momento de asumir esa posición, perciben el alcance de la afirmación lacaniana, que de hecho el propio Lacan reconoce: esto es, que el psicoanálisis no tiene nada que ofrecer a la crítica literaria y que, a lo sumo, si creyésemos que una traducción, cualquiera sea, es posible sin introducir la propia voz y el propio saber, entonces la relación entre literatura y psicoanálisis ocurre verdaderamente sólo en beneficio de este último.

Exista o no el psicoanálisis aplicado, resulta en todo caso imperioso detenerse en saber qué hace el psicoanálisis con la literatura y si esa traducción, sospechosamente repetitiva, sospechosamente reductiva, no afecta el saber que la literatura tiene para ofrecer.

EN EL PRINCIPIO ERA LA LITERATURA:

*Shakespeare fue
el inventor
del psicoanálisis.*
Carlos Gamarro

En un movimiento no carente de ironía, tras años de rumiar el asunto, Pierre Bayard publica en 2004 un libro titulado *Peut-on appliquer la littérature à la psychanalyse?*, proponiéndose desarrollar un método de literatura aplicada al psicoanálisis e invertir la relación amo-esclavo denunciada por Felman. Se trata de una reflexión teórica acerca de lo que había hecho muchos años atrás cuando, a principios de los '90, publicó *Maupassant, juste avant Freud* (1994), proyectando leer lo que Maupassant puede decirnos del inconsciente antes de Freud, es decir sin Freud. La literatura aplicada así concebida consiste esencialmente en dos operaciones, normalmente consecutivas: la desteorización y la construcción.

La desteorización apunta a “olvidar la teoría” mediante dos modalidades diferentes pero compatibles: 1) una primera consistente en la de-nominación/nominación, es decir el abandono de una noción por otra; 2) una segunda consistente en un proceso de desacentuación/accentuación, es decir un desplazamiento en el foco de atención. Tanto en una como otra, se busca debilitar los conceptos de la teoría desde la cual se está leyendo la obra con el objetivo de impedir la subordinación de la literatura al psicoanálisis.

La construcción, por su lado, implica una elaboración teórica a partir de la literatura, una formalización nocional desde el lenguaje propio del texto literario. En palabras de Bayard, la narración de una “novela teórica” que permitiría encontrar en las obras modelos psicológicos alternativos y originales, a la vez que comentarios

⁵ Este seminario dará lugar a una lectura de Jacques Derrida (1975), quien cuestionará el estatuto de esta verdad así como la posibilidad de que, a fin de cuentas, la carta (la lettre) en cuanto significante, llegue a destino. Es decir, la medida en que es posible una descifrabilidad del texto. En este sentido, Derrida dirige a Lacan una crítica que podría considerarse como apuntando a lo que en el psicoanalista francés hay de psicoanálisis aplicado.



críticos sobre saberes del psicoanálisis. De este modo, términos como “Horla” (Guy de Maupassant) o “libro-interior” (Marcel Proust) se erigen como conceptos a partir de los cuales establecer modos de ser del inconsciente, pensados por fuera del armazón nocional psicoanalítico.

Esta posibilidad nos enfrenta sin embargo a dos objeciones. En primer lugar, ¿no es precisamente una operación de literatura aplicada lo que fundamentó y dio nacimiento al psicoanálisis? En segundo lugar, ¿no es epistemológicamente imposible una operación de desteorización tal como la piensa Bayard?

Detengámonos en la primera de estas objeciones: ¿no se fundamentó el vínculo entre la literatura y el psicoanálisis a través de un movimiento que iba de la literatura al psicoanálisis, que tomaba la dirección de un saber propio de la literatura plegado hacia el psicoanálisis como ya parecían señalarlo primero Freud y luego Lacan? O bien: ¿no se funda el psicoanálisis, colgado del Edipo, a partir de la literatura? Esta pregunta indaga sobre la dirección entre las dos disciplinas y la posibilidad de pensar en la existencia –negada por Lacan– de un psicoanálisis aplicado. ¿Existe el psicoanálisis aplicado o la relación con la literatura es y ha sido siempre a la inversa?

“Edipo no necesita ser interpretado: es la figura directiva de la interpretación” –decía aguda (¿pero también ingenuamente?) Jean Starobinski (1970, p. 347). Todo está allí, no hay nada que plegar, nada que traducir. Cuando Freud lee la indecisión de Hamlet para matar a su tío como un índice de su deseo edípico, no lee a Shakespeare desde el psicoanálisis; lo lee desde Edipo. Edipo –podríamos decir–, justo antes de Freud. Esto explica para Starobinski la estrategia freudiana detrás de su humildad frente al artista: “los poetas –dice Freud– han descubierto el inconsciente antes que yo; lo que yo he descubierto es el método científico que

permite estudiar el inconsciente” (citado en Starobinski, 1970, p. 305⁶). Pero detrás de este gesto de supuesta humildad, es posible sospechar un movimiento estratégico: la separación entre el arte y la ciencia surge como necesidad positivista de poner el psicoanálisis del lado de la ciencia. Freud pretendía que los ladrillos de la lengua psicoanalítica sean aquellos de las neurociencias; pero en una época en que ese edificio aún no había establecido sus cimientos, se vio conducido a levantar los muros del psicoanálisis con la lengua literaria.

El psiquiatra vienés advierte que la estructura de su incipiente disciplina está construida con la lengua de la literatura, teme devenir poeta y se defiende intentando evitar el laberinto topológico en el que puede caer un edificio, como el suyo, construido con palabras. En algún momento –ilusión de la ciencia– pareciera que se produce un olvido del carácter figurado del lenguaje fundador. “Freud leyó Hamlet yendo hacia lo que sería el psicoanálisis –decía Starobinski–; Jones releyó la pieza a partir del psicoanálisis constituido” (p. 360). Entre Freud y Jones, hay un olvido de la metáfora. La metáfora se naturaliza y crea la ilusión de una referencialidad literal.

De la literatura aplicada al psicoanálisis aplicado, la ley nueva es la de la ilustración y la corroboración. Una vez instaurado el método, el método instaure la reproducción de la teoría psicoanalítica sobre la literatura y se produce una crítica estéril que se cree capaz de restituir el sentido literal y latente del símbolo. Sucede como con aquellas metáforas de las que, una vez naturalizadas, olvidamos su carácter metafórico. Pero si todo este movimiento de idas y vueltas es verdadero, entonces no es el psicoanálisis el que se

⁶ Según cuenta Starobinski, Freud habría pronunciado esta frase en su sexagésimo aniversario cuando un interlocutor le preguntó cómo había descubierto el inconsciente.

reproduce a través de la literatura sino la literatura leída por el padre del psicoanálisis la que se reproduce a través de las obras a las que el psicoanálisis ya constituido toma como objeto.

Pierre Bayard acusa al psicoanálisis aplicado de interpretación finalista en cuanto –nos dice– “el tipo de resultado conseguido es menos el producto de la búsqueda que su origen” (2004, p. 38). De acuerdo. Pero ¿cuál es ese origen? La literatura aplicada que propone Bayard, decíamos, consiste en “olvidar la teoría”: leer Maupassant sin Freud significa abandonar el psicoanálisis y buscar en la literatura un tipo de saber sobre el psiquismo humano y su inconsciente, a fin de no caer en la ilusión de tomar resultado por origen. El origen sería así el saber psicoanalítico. Pero ¿no olvida Bayard, a su vez, buscando olvidar la teoría, que el origen ha sido la literatura? ¿No olvida que el lenguaje psicoanalítico se ha construido con el de la literatura? Starobinski estaría de acuerdo. Sin embargo, ¿no olvida también, este último, que el origen no era tampoco Edipo, sino la lectura, es decir el acontecimiento por el cual Freud se reconoce en Edipo, recuerda el amor por su madre y los celos por su padre, dice yo soy como Edipo?

Starobinski concibe a Edipo como punto de detención, como lo que no necesita interpretación. El sintagma, sin embargo, es yo soy como Edipo, surge a partir de un acto singular de lectura y de narración que es generalizado. En la carta a Fliess del 15 de octubre de 1897, Freud describe así su lectura y su proceder: “También en mí he hallado el enamoramiento de la madre y los celos hacia el padre, y ahora lo considero un suceso universal de la niñez temprana (...). Si esto es así, uno comprende el cautivador poder de Edipo rey” (Freud, 1895, p. 307). El edificio que desde allí se construye –pasando a una operación de teorización que dice Edipo fue y es nosotros, es decir procediendo del

acontecimiento a la universalidad– se establece no sólo a partir de una narración que implica este como, sino a partir de un acto de lectura. Podríamos decir –y llegamos aquí a la hipótesis central de este artículo para pensar la relación entre literatura y psicoanálisis: en el principio era la lectura.

EN EL PRINCIPIO ERA LA LECTURA:

*En el principio, entonces,
era la lectura literaria.*

Carlos Gamarro

Uno de los autores que primero avanzó en esta dirección fue el crítico y psicoanalista norteamericano Norman Holland. Su tesis central consiste en que la lectura es una reconstrucción de la propia identidad, entendida como un tema estable y sus variaciones, un mito personal capaz de ser enunciado. Así lo manifiesta en un artículo de 1975 titulado “Hamlet –my greatest creation”⁷. Es en mi lectura de Hamlet donde mejor he logrado replicar mi identidad. Tal es la tesis de Holland. El origen es ahora la identidad, que puede formularse en palabras y detectarse punto por punto en la reacción del lector al texto literario. Identidad como plenitud y unidad orgánica sostenida en la primacía del yo, de acuerdo al ego psicoanálisis de Heinz Lichtenstein (1977) al que adhiere. Holland no parece estar aquí lejos de la manera en que el propio Starobinski concibe la labor psicoanalítica: instrumento para que el “el hombre pueda conocer la plenitud (...) (el pleroma) en lugar de la división” (Starobinski, 1970, p. 301). En

⁷ Este artículo, así como otros representativos de la obra de Holland, ha sido incluido en una antología que preparamos y traducimos al español para la editorial Alción en 2015. Se trata de una antología que reúne trabajos de Holland abarcando un período que va desde 1975 a 2008. Cf. Holland (2015) *Literatura, lectura y neuropsicoanálisis* (Córdoba: Alción).

efecto, Holland concluye que la enseñanza de la literatura debe apuntar a favorecer las condiciones por las cuales el lector recrea su identidad y se conoce a sí mismo. La universidad debe producir personalidades y no transmitir saberes, supo sostener (Holland, 2008). En este marco, creará un singular curso universitario bajo el nombre de Seminario délfico: experiencia pedagógica que desarrolló en los '70 en la Universidad de Buffalo, en la que cada estudiante debía conocerse a sí mismo a través de las lecturas literarias propuestas.

Ilusión de plenitud: Holland no puede abandonar el espíritu aristotélico de la Nueva Crítica y sucumbe a un tipo de crítica que comparte con el psicoanálisis aplicado la misma pulsión de apoderamiento –por emplear un concepto propuesto por Freud⁸.

Creo que si hay aire que el psicoanálisis pueda aportar a los estudios literarios, ese aire consiste en la defundamentación de esta ilusión. Es decir, debe remitirse a un cruce que sucede en un más acá de la interpretación, en la indagación de la experiencia de la lectura: en el principio era la lectura no puede significar que el origen sea ocupado por algo como el saber psicoanalítico o la identidad. En el principio era la lectura significa el origen como acontecimiento. Y es allí donde, me parece, se puede vislumbrar el alcance de una relación entre el psicoanálisis y la teoría literaria, antes que entre el psicoanálisis y la crítica literaria o la literatura.

Si el cruce literatura/psicoanálisis ha de tener una consecuencia, tiene que tratarse de una puesta en evidencia de las condiciones por las cuales es imposible subordinar la literatura mediante una operación teórica. La literatura resiste a toda reducción, a toda pulsión de apoderamiento, difiere constantemente del sentido que uno le otorga. Esto es, si el psicoanálisis

puede aportar algo al campo de los estudios literarios, ese algo tiene que ver con las razones por las cuales la literatura no puede ser reducida al ejemplo ni a la ilustración –sea psicoanalítica, sea, pongamos, de los estudios culturales. Esto es lo que quiero decir con en el principio era la lectura. Pero no sólo esto: en el principio era la lectura significa también que no puede hallarse en ella un punto de detención, porque la lectura no puede universalizarse según una teoría, a menos que se la formule por su negativa, al modo en que lo han hecho algunos deconstruccionistas norteamericanos⁹. Esta falta de universalización se vincula precisamente con el carácter único e irrepetible de lo que podríamos llamar la inscripción y la implicancia del sujeto en la experiencia de la lectura.

Precisamente el psicoanálisis ofrece la posibilidad de desarrollar lo que podríamos llamar una epistemología de la lectura literaria, una ciencia de la lectura irónicamente planteada: es decir, una ciencia de la imposibilidad de la generalización de la experiencia de la lectura. En otras palabras, una ciencia de la resistencia que se experimenta en la lectura en una doble dimensión: la imposibilidad de leer y la imposibilidad de leerse.

La imposibilidad de leer refiere a aquello que ya encontrábamos en Norman Holland, para quien el sujeto, al leer, se lee a sí mismo. Lo que significa que es epistemológicamente imposible acceder a una textualidad objetiva disponible. Holland entiende la lectura de la misma manera que el psicoanálisis entiende las formaciones del inconsciente: una formación de compromiso que conjuga el deseo y su deformación. Por ello, la lectura es para Holland una experiencia en la que se combina el deseo singular de cada sujeto y los mecanismos defensivos característicos que utiliza

⁸ La pulsión de apoderamiento refiere a una pulsión no sexual "cuyo fin consiste en dominar el objeto por la fuerza" [Laplanche y Pontalis, 1967: 328].

⁹ Pensemos, por ejemplo, en *Allegories of Reading* de Paul de Man (1979).

para expresar tal deseo con un mínimo de ansiedad. En “5 Readers Reading” este modelo es puesto a prueba mediante un singular experimento. A partir de tests psicométricos y entrevistas abiertas, Holland elabora lo que llama el “tema identitario” de cinco lectores, incluyendo fantasías predominantes y mecanismos defensivos característicos. Una vez establecidos los temas identitarios, los correlaciona con el modo en que cada uno de estos lectores responde al cuento de William Faulkner “A Rose for Emily”. Este modelo le permite explicar las variaciones que se producen entre un lector y otro a través de la puesta en evidencia del rol del sujeto durante la lectura. Lo que nos interesa aquí es remarcar la consecuencia epistemológica: la imposibilidad de leer significa la necesidad de considerar que toda experiencia de lectura es un acontecimiento singular en el que el lector escribe un texto a través de su propia inscripción en tanto sujeto de la lectura. Así, la interdisciplinariedad ocurre aquí en el campo de la teoría literaria y como un modo de pensar el ejercicio de la crítica o la enseñanza de la literatura. No se trata de una crítica psicoanalítica aplicada, no ocurre en el campo de la crítica literaria, lugar donde el psicoanálisis se reproduciría a sí mismo según el esquema denunciado por Felman y Bayard. El pensamiento psicoanalítico se pone a disposición de la teoría literaria para pensar la crítica y afectarla en su práctica (por ejemplo, según el modelo de una crítica impresionista) o para pensar la enseñanza y afectarla en su práctica (por ejemplo, según el modelo de la pedagogía subjetiva de Holland o de David Bleich¹⁰). La imposibilidad de la lectura es el efecto epistemológico de una relación interdisciplinaria que se detiene en un más acá de la crítica o de la enseñanza; es decir, en el campo de la teoría literaria.

¹⁰ Cf. Bleich (1975).

El trabajo de Holland –pionero en cuanto al énfasis puesto en el rol del lector– peca sin embargo de un reduccionismo a la identidad. De tal manera que se ve obligado a concebir los lectores en el marco de un cierto solipsismo en el que se recrea una unidad orgánica identitaria. Por ello, una teoría de la lectura elaborada a partir del cruce literatura y psicoanálisis debería agregar a la imposibilidad de leer la imposibilidad de leerse.

Me parece que este es el programa que uno puede construir a partir de la obra crítica de Pierre Bayard: si la lectura de sí es imposible es porque es imposible –como se puede concluir a partir del proyecto de una literatura aplicada, al que por cierto Bayard declara fracasado– evitar la reproducción de un origen. Pero, a diferencia de Holland, si el reconocimiento de una identidad orgánica y unitaria es imposible es porque es imposible leer ese origen, huido por naturaleza: “comprenderse a sí mismo –dice Bayard en *Le paradoxe du menteur*– es una empresa condenada al fracaso, por razones que no tienen nada que ver con una suerte de mala fe sartreana. Son motivos de estructura los que están en juego, y que hacen que sea imposible encontrar, en el lenguaje, un lugar donde estar suficientemente distante de sí para poder observarse” (1993, p. 176).

La “y” que une psicoanálisis y literatura debe ser pensada como el espacio teórico de interrogación de ese resto que rehúye la representación, que nos impide colocarnos en un lugar de observación y reconocernos en una plenitud.

Cada acto de lectura es un enfrentamiento y un bordeamiento de ese origen inasible, causa del deseo de lectura y causa de deseo de escritura, motivo de interrupción que lleva a levantar la cabeza, experiencia fallida de escritura de un libro que podemos llamar, según la propuesta de Bayard en *Comment parler des livres que l’on n’a pas lus?* (2007), interior:

Propongo llamar libro interior a ese conjunto de representaciones míticas, colectivas o individuales, que se interponen entre el lector y todo nuevo escrito, y que modelan la lectura a sus espaldas. Ampliamente inconsciente, ese libro imaginario cumple una función de filtro y determina la recepción de nuevos textos al decidir qué elementos serán retenidos y cómo serán interpretados (Bayard, 2007, p. 81-82)

Esta noción de libro-interior surge como efecto de una operación de literatura aplicada que Bayard lleva a cabo a partir de su lectura de Marcel Proust. En efecto, Proust habla en términos de libro interior para referirse a un texto inconsciente cuya "lectura consistía en un acto de creación en el que nadie puede suplantarnos ni tampoco colaborar con nosotros. Por eso tantos renuncian a escribirlo" (1927, p.25). Bayard recupera esta noción y la desplaza hacia la teoría literaria para, a partir del concepto psicoanalítico de fantasma, pensar el problema de la lectura. En este sentido, el fantasma, como escenario repetitivo, liga la experiencia de la lectura a una iteración de lo singular en el sujeto que busca escribirse cada vez, al modo en que la identidad era pensada en el modelo de Holland. Pero a diferencia de este último, la no renuncia a leer y escribir el libro interior no significa que se trate de un trabajo posible. Antes bien, bajo la influencia de Jacques Lacan, Bayard concibe el libro-interior como experiencia de goce y según el esquema de lo que no cesa de escribirse y lo que no cesa de no escribirse. El carácter repetitivo del libro interior como estructura fantasmática se debe precisamente a la insistencia de algo que no puede ser simbolizado. Al referirse al papel del fantasma durante la lectura, en su ensayo *Comment améliorer les œuvres ratées?* (2000), Bayard

es explícito respecto a esta referencia lacaniana: "Lo propio de esos afectos y representaciones (...) no es que se escriben o no, sino que no cesan de no escribirse, es decir que son tomadas en el movimiento perpetuo de una tentativa de expresión imposible" (p. 94). Así, la lectura se piensa, gracias a un trabajo de literatura aplicada y según un modo singular de articular el psicoanálisis con la teoría literaria, como una experiencia incesante, repetitiva e imposible de representación del yo en su pleroma¹¹. Se trata de una experiencia de subjetivación que sucede cada vez, singularmente, y en la que de manera incesante no ocurre la escritura del libro-interior. En otras palabras: una experiencia en la que toda vez, nueva y repetitivamente, acontece la lectura como origen.

El interés de la imposibilidad radica en que es a partir de ella que podemos indagar en la experiencia de lectura como experiencia de escritura. Por un lado, una experiencia de escritura entendida en términos de una poética: la lectura crítica deviene lo que podríamos llamar, siguiendo a Alain Trouvé (2004), una novela de la lectura, una reconfiguración textual también ella ficcional que da cuenta del (des)encuentro entre el texto y el lector. Por otro lado, una experiencia de lectura entendida en términos de una ética: porque el pleroma, la identidad como suma de identificaciones orgánica y unitariamente constituida, se sustituye por un "sujeto procesual", es decir –según lo entiende Michèle Perron-Borelli– como un sujeto cuya posición "nunca termina por conquistarse: es siempre una posición a tomar" (Perron-Borelli, 1997, p. 207).

¹¹ Esta concepción del yo como identidad unitaria y orgánica es particularmente explícita en el artículo de Norman Holland "Unity Identity Text Self" (1975b). La posición que adoptamos en este artículo, sobre la vía de Bayard, supone en consecuencia oponernos a una concepción del yo como la que desarrolla Holland para pensar la experiencia de lectura.

Creo yo que esta posición expresa el modo en que el psicoanálisis debe articularse a la literatura. Es decir, no en el campo de la crítica sino en el de la teoría de la lectura; no en el campo de una aplicación, sino en el de una reflexión teórico-epistemológica. Así concebida, la relación entre el psicoanálisis y el campo de los estudios literarios nos permitiría evitar dos ilusiones: 1) en primer lugar, aquella que reduce el cruce interdisciplinar a un movimiento unidireccional de reproducción de un saber ya sabido (en el principio era el psicoanálisis); 2) en segundo lugar, aquella de la literatura como origen, es decir aquella que concibiendo una epistemología ingenua cree en la accesibilidad del texto literario y de un saber en él depositado que la buena lectura vendría a develar (en el principio era la literatura). Dos ilusiones evitadas, este modo de vincular el psicoanálisis con los estudios literarios nos conduciría también a un nuevo modo de ser de la crítica: aquella que a partir de los supuestos epistemológicos aquí asumidos deviene una novela de lectura¹².

12 Ciertamente, la posición que se adopta en este trabajo para pensar la relación entre el psicoanálisis y la literatura puede despertar la objeción de que, finalmente, empleamos nociones psicoanalíticas que instrumentalmente se reproducen en un modo de concebir la lectura literaria. En otras palabras, repetiríamos a fin de cuentas aquello que estamos cuestionando. Nos enfrentamos en este punto a un callejón lógico semejante a aquel que podemos encontrar, por ejemplo, en los trabajos de Paul de Man, fundamentalmente en *Allegories of Reading* (1979). Recordemos que en este libro, de Man pone en escena la deconstrucción del texto que se opera a través de la tensión entre la retórica y la gramática. A partir de la obra de escritores como Marcel Proust o Jean-Jacques Rousseau, de Man despliega una lectura atenta que revela la existencia de niveles de significación que entran en contradicción entre sí, poniendo en jaque la posibilidad de una lectura total del texto. Este trabajo crítico conduce al crítico belga a considerar que lo que leemos a partir de estas tensiones entre sentidos es una *alegoría de la lectura*, es decir una narración en segundo grado de la imposibilidad de la lectura orgánica y unívoca: siempre será posible encontrar un nivel de significación que entre en contradicción con aquel que estamos leyendo de tal modo que el significado –para emplear una metáfora del propio de Man– está siempre en vuelo. Sin embargo, mediante esta operación –y en lo que parece ser una contradicción lógica– de Man parece afirmar un sentido último: el de la ilegibilidad del

Ni el psicoanálisis ni la literatura. En el principio –precisamente el cruce entre aquellas nos lo permite inducir– está el acontecimiento, imposible, de la lectura.

A MODO DE CONCLUSIÓN :

En este artículo nos hemos propuesto interrogar la relación entre el psicoanálisis, la literatura, la crítica y la teoría.

Un breve recorrido histórico nos permitió considerar el modo en que la crítica literaria psicoanalítica se adaptó a las modas imperantes en el campo de los estudios literarios, acomodándose primero al interés por el autor, luego por el texto y finalmente por el lector. Este periplo, caracterizado en general por un psicoanálisis aplicado que hacía decir al texto lo que la disciplina psicoanalítica ya traía entre manos, adquirió una particularidad cuando el interés se depositó en la lectura. Al modo de un bucle extraño, tomando la lectura por objeto, la crítica literaria psicoanalítica se vio obligada a pensarse a sí misma.

texto. Si bien por la negativa, el vuelo del significado parece detenerse irónicamente en la lectura de la ilegibilidad del texto. Por este punto ha pasado una controversia entre Paul de Man y Harold Bloom, resumida de la siguiente manera por este último en *The Anxiety of Influence*: “Él [Paul de Man] insistía en que la única forma de salir del laberinto topológico de la obra literaria era mantener respecto a ella una posición epistemológica. Yo, por mi lado, replicaba que tal posición era ya, más o menos, un tropo como cualquier otro” (1973: xx). Podríamos decir que, para el problema que nos compete en este artículo, la posición que adoptamos supone una convergencia entre las posiciones de Paul de Man y Harold Bloom. A partir de Paul de Man, la posibilidad de correrlos de un psicoanálisis aplicado usando nociones del psicoanálisis radicaría en tomar una posición epistemológica, y producir allí el cruce entre el campo del psicoanálisis y el de la literatura. Esta es la estrategia que hemos desplegado en este artículo. A partir de Bloom, creo que trabajar con las nociones psicoanalíticas como si se tratase de metáforas ofrece la posibilidad de acercar el psicoanálisis a los estudios literarios sin desplegar un psicoanálisis aplicado. He trabajado recientemente esta estrategia de metaforización del concepto en el siguiente artículo: “Dos problemas (y sus posibles soluciones) de la transferencia interdisciplinaria en la investigación literaria. El caso literatura/psicoanálisis” (Garayalde, 2018).

Pensar la lectura desde el psicoanálisis a la vez que la crítica psicoanalítica desde aquel pensamiento sobre la lectura condujo a una problematización del psicoanálisis aplicado, iniciada por Shoshana Felman y continuada por Pierre Bayard. En el caso de este último, la propuesta irónica de una inversión que diera lugar a una “literatura aplicada” tuvo como consecuencia –a pesar y debido a su fracaso– la formalización de un modo de entender la lectura como imposibilidad de leer y de leerse. Por un lado, es imposible acceder al texto literario sin llevar a cabo un proceso de reescritura a través del sujeto de la lectura (de acuerdo al modelo precursor de Norman Holland). Por otro lado, es imposible lograr una recreación de sí en tanto algo siempre resiste a la simbolización (contrariamente al modelo de la identidad orgánica y ego-psicoanalítica de Holland). Bajo la lógica de lo que no cesa de no escribirse, la lectura es pensada entonces como una experiencia singular, subjetivante, trunca e incesante.

Si el cruce entre el psicoanálisis y el campo de los estudios literarios (incluida la literatura) no ha de caer en la reproducción de una disciplina sobre la otra, en un pliegue que impone un saber ya sabido, entonces debe ocurrir en un más acá de la literatura y de la crítica literaria. Tal es la conclusión a la que nos permite arribar el rodeo dado por Bayard al interpelar el psicoanálisis desde la literatura y fracasar en el intento por los mismos motivos por los cuales es imposible acceder al sentido de un texto.

¿Un más acá de la literatura y de la crítica? Sí, es decir, en la teoría de la lectura y según una aporía que anula toda posibilidad de generalización: la lectura ocurre cada vez y como un acontecimiento. No hay generalización de la lectura más que por su negativa. Tal es el aire –para retomar los términos de Lacan– que el psicoanálisis puede dar a la literatura: es decir, el reco-

nocimiento de su resistencia y de la resistencia que se experimenta durante el acto de leer. En otras palabras, si el psicoanálisis tiene aire para dar a la literatura eso tiene que ocurrir en el marco de una teoría de la lectura que afirme que en el principio era la lectura.

Me parece que esta articulación entre el psicoanálisis y la teoría literaria permite avanzar hacia las consecuencias que tal pensamiento sobre la lectura tendría sobre la crítica literaria y la enseñanza de la literatura. Me parece que podríamos pensar que la epistemología de la lectura que se elabora a partir de tal vínculo interdisciplinario puede dar lugar a lo que me gustaría entender en términos de una poética y una ética de la lectura.

No lejos de las presiones positivistas en las que nació el psicoanálisis, pareciera que la academia y las agencias de investigación que actualmente financian y modelan el campo de los estudios literarios y los discursos que allí se gestan empujan todavía hacia la misma separación entre el arte y la ciencia que urgía al joven Freud. Así me explico que cada vez que cierto subjetivismo se cuele en los fundamentos teóricos de la crítica aparece un reparo a lo que podría catalogarse como impresionismo. Pero la crítica impresionista es precisamente la consecuencia evidente que surge tras los fundamentos teóricos de la lectura tal y como se desprende de una indagación sobre esta noción en el cruce entre el psicoanálisis y la teoría literaria, así como en el cruce entre la deconstrucción y la teoría literaria. Por ello, no es casual que alguien como Geoffrey Hartman haya abrazado el credo de Anatole France según el cual “el buen crítico es aquel que cuenta las aventuras de su alma en medio de las grandes obras” (1898: III). Lo que habría que ligeramente modificar, diciendo: el buen crítico es aquel que cuenta las aventuras de la escritura fallida de su alma en medio de las grandes obras. Es



decir, aquel que cuenta la imposibilidad de conquistar su identidad orgánica, su posición, su pleroma, a la vez que experimenta en la lectura el proceso intermitente de la subjetivación. Debería ser este un imperativo ético de la lectura, solapado a aquel que Hillis Miller demandaba al hablar de un respeto del texto en su alteridad, es decir en las resistencias que ofrece a su lectura. Lo que sitúa al crítico en una suerte de encrucijada, entre la Caribdis de su inscripción subjetiva y la Escila de una lectura responsable del texto. Allí el desafío mayor: la crítica sería –como la política, el psicoanálisis y la pedagogía para Freud– una tarea imposible.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- Barthes, R. (2002). La mort de l'auteur. En *Œuvres complètes, Tome III*. París, Francia: Seuil.
- Bayard, P. (1993). *Le paradoxe du menteur. Sur Laclos*. París, Francia : Les Éditions de Minuit.
- Bayard, P. (1994). *Maupassant, juste avant Freud*. París, Francia: Les Éditions de Minuit.
- Bayard, P. (2000). Comment améliorer les œuvres ratées? París, Francia: Les Éditions de Minuit.
- Bayard, P. (2004). *Peut-on appliquer la littérature à la psychanalyse?* París, Francia: Les Éditions de Minuit.
- Bayard, P. (2007) *Comment parler des livres que l'on n'a pas lus?* París, Francia: Les Éditions de Minuit.
- Bellemin-Noël, J. (1996). *Vers l'inconscient du texte*. París, Francia: PUF.
- Bleich, D. (1975). *Readings and Feelings. An Introduction to Subjective Criticism*. Illinois, EE.UU.: National Council of Teachers.
- Bonaparte, M. (1933). *Edgar Poe, étude psychanalytique*. París, Francia: Denoël et Steele.
- Clancier, A. (1976). *Psicoanálisis, literatura, crítica*. Madrid, España: Cátedra.
- De Man, P. (1979). *Allegories of Reading. Figural Language in Rousseau, Nietzsche, Rilke, and Proust*. New Heaven, EE.UU.: Yale University Press.
- Derrida, J. (1977). *El concepto de verdad en Lacan*. Buenos Aires, Argentina: Homo Sapiens.
- Doubrovsky, S. (1974). *La place de la madelaine. Écriture et fantasma chez Proust*. París, Francia: Mercure de France.
- Felman, S. (1977). To Open a Question. En *Literature and Psychoanalysis. The Question of Reading: Otherwise. Yale French Studies*, 55/56: 5-10.
- France, A. (1898). *La vie littéraire. Première Série*. París, Francia: Calman-Levy.
- Freud, S. (1897). Carta 71 (15 de octubre de 1897). En Freud, S. (1992). *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo IX. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1907). El delirio y los sueños en la Gradiva de W. Jensen. En Freud, S. (1992). *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo IX. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1908). El creador literario y el fantaseo. En Freud, S. (1992). *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo IX. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1910). Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci. En Freud, S. (1992). *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XI. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1911) Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente (Schreber). En Freud, S. (1992). *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

- Freud, S. (1912) Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En Freud, S. (1992). *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1928). Dostoievski y el parricidio. En Freud, S. (1992). *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XXI. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Garayalde, N. (2018). Dos problemas (y sus posibles soluciones) de la transferencia interdisciplinaria en la investigación literaria. El caso literatura/psicoanálisis. *Estudios de Teoría Literaria. Artes, letras, humanidades*, 7 (13).
- Green, A. (1973). Le Double et l'absent. *Critique*, 312: 391-412.
- Holland, N. (1973). *Poems in persons. An Introduction to the Psychoanalysis of Literature*. New York, EE.UU.: The Northon Library.
- Holland, N. (1975a). *5 Readers Reading*. New Haven, EE.UU.: Yale University Press.
- Holland, N. (1975b). Unity Identity Text Self. *PMLA*, 90 (5): 813-822.
- Holland, N. (2015). Hamlet: mi mayor creación. En *Literatura, lectura y neuropsicoanálisis*. Córdoba, Argentina: Alción.
- Holland, N. (2008). Know Thyself Delphi Seminars. En Jones, E. (1957) *The Life and Work of Sigmund Freud*. New York, EE.UU.: Basic Books.
- Laforgue, R. (1931). *L'échec de Baudelaire : étude psychanalytique sur la névrose de Charles Baudelaire*. París, Francia: Éditions du Mont-Blanc.
- Lichtenstein, H. (1977). *The dilemma of human identity*. New York, EE.UU.: Jason Aronson.
- Lacan, J. (1966). Le séminaire sur « La lettre volée ». En Lacan, J. (1956) *Écrits*. Paris, Francia: Seuil.
- Lacan, J. (1966). Jeunesse de Gide ou la lettre et le désir. En Lacan, J. (1958) *Écrits*. Paris, Francia: Seuil.
- Lacan, J. (1988). Homenaje a Marguerite Duras, el rapto de Lol V. Stein. En Lacan, J. (1965) *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Lacan J. (1971). Lituraterre. En *Littérature*, 3: 3-10.
- Laplanche, J. y Pontalis, J. B. (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Looney, T. (2015). *Shakespeare Identified in Edward de Vere, the Seventeenth Earl of Oxford*. Londres, Inglaterra.
- Mauron, C. (1968). *Phèdre*. París, Francia: Éditions José Corti.
- Picard, M. (1986). *La lecture comme jeu*. París, Francia: Les Éditions de Minuit.
- Perron-Borelli, M. (1997) *Dynamique du fantasme*. París, Francia: PUF.
- Pingaud, B. (1976). Ω . *Nouvelle Revue de psychanalyse*, 14: 251-257.
- Proust, M. (1927). *Le temps retrouvé. 2 vol.* París, Francia: Gallimard.



Robin, R. (1989). Extension et incertitude de la notion de littérature. En Angenot, M. (Comp.) *Théorie littéraire*. Paris, Francia: Presses Universitaires de France.

Shapiro, M. (1956). Leonardo and Freud: an art-historical study. En *Journal of the History of Ideas*, 17 (2): 147-178.

Starobinski, J. (1970). *La relation critique*. París, Francia: Gallimard.

Trouvé, A. (2004). *Le roman de la lecture. Critique de la raison littéraire*. Sprimont, Bélgica: Mardaga.

Weber, J. P. (1960). *Genèse de l'œuvre poétique*. París, Francia: Gallimard. **